

Fernando RUIZ GÓMEZ, *Fábricas Textiles en la Industrialización de Cantabria*. Universidad de Cantabria/Textil Santanderina, S.A., Santander, 1998, 222 pp.

De pocas Comunidades Autónomas disponemos de un conocimiento tan amplio de su pasado industrial en los dos últimos siglos como de Cantabria. Las primeras visiones de conjunto editadas en los años ochenta por Tomás Martínez Vara y José Ortega Valcárcel han estimulado la aparición más recientemente de estudios sectoriales de gran calidad, algunos de ellos no suficientemente divulgados más allá del entorno académico montañés.

El libro de Fernando Ruiz Gómez constituye una excelente muestra de la vitalidad de que hoy goza la Historia Industrial en esa región. Amigo de empresas difíciles (es autor, junto con M. Corbera, de un estudio sobre las ferrerías cántabras editado en 1991), se ocupa en esta monografía de una dedicación productiva aparentemente marginal en la industrialización santanderina, en la que la harinería en el siglo XIX y la siderurgia en el XX ocultan otros intentos de modernización en el sector secundario tanto o más sugestivos para el historiador económico: la industrial textil. Fernando Ruiz relata ejemplarmente en este trabajo los principales hitos fabriles en la trayectoria de esta actividad desde finales del siglo XVIII a nuestros días, bien pertrechado en unas fuentes tan variopintas como explícitas.

En un primer término, Ruiz Gómez se detiene en el estudio de la industria textil en el último cuarto del siglo XVIII. La fabricación de tejidos de lino, cáñamo y lana se caracterizarían por su dispersión espacial (apenas distingue un puñado de localidades con una especialización significativa en las tres ramas que componían el producto textil en La Montaña) y su debilidad relativa con respecto a otras regiones. Tal es el diagnóstico de la *industria popular*, término que emplea en el propio título del epígrafe, extraído de la consulta de la información que brinda Eugenio Larruga y que el autor complementa con la recogida en el diccionario de Pascual Madoz (en mi criterio, prescindible). Ruiz Gómez resuelve muy convincentemente la siempre compleja descripción de la organización del trabajo protoindustrial, en particular, en lo que se refiere a la elaboración de tejidos de lino, la mejor documentada, que respondería a las pautas propias del *customer weaving*. A renglón seguido examina las iniciativas públicas y particulares de inspiración ilustrada que persiguieron el *fomento* de la rama textil en La Montaña, materializadas en los fallidos intentos de difundir el cultivo de seda y de implantar escuelas de hilar. A este respecto, la relectura que realiza Ruiz Gómez de la obra de J. Manso, el más conspicuo de los seguidores santanderinos de Campomanes, tiene gran interés. Pero las mayores aportaciones de este capítulo se encuentran en el estudio que ofrece sobre los primeros intentos de implantación de la economía de fábrica verificados en ese período en la fabricación de sombreros (un tanto traída de los pelos, esta es la verdad) y en la de tejidos de algodón.

La construcción y explotación de la planta algodonera del duque del Infantado en Torrelevega, que Ruiz Gómez analiza con acierto y detalle, merece una referencia especial. Tras desechar otras ubicaciones debido a los pleitos sobre el uso del caudal, entre otras razones, el noble ilustrado erigió en 1796 una fábrica con una hiladora manual y 15 telares, atendida por un maestro escocés. Jovellanos giró visita a la factoría un año más tarde. En 1804 la fábrica sufrió una ampliación, de tal suerte que en 1808 y en visperas de su destrucción en los enfrentamientos con las tropas francesas, contaba con 160 telares y sus responsables (ahora irlandeses) habían conseguido ya algún avance en la mecanización del hilado. Al margen de esta fatalidad, Ruiz Gómez atribuye el fracaso de esta primera tentativa algodonera a la diletante estrategia inversora del duque del Infantado (durante algún tiempo pareció estar más atraído por nuevas empresas lineras en León y Guadalajara), al mayor interés que prestó a su carrera política, a la implantación incompleta del *factory system* y a una gestión que soslayaba el objetivo de la maximización del beneficio.

En el segundo capítulo, el autor se sitúa ya a mediados del siglo XIX para relatar las vicisitudes de dos establecimientos fabriles señeros en la historia económica de La Montaña: la fábrica de paños de Renedo, construida en 1844 por Vicente Truba y Cosío, y la de hilados y tejidos de algodón plantificada por Juan de la Predaja en 1847 en las dependencias de la antigua fundición de La Cavada. Esta última fue, en el momento de su construcción, una de las mayores en su género de España: contaba, nada menos, con 11.000 husos de hilatura y 280 telares. La de paños era algo más modesta: 840 husos y 33 telares. Ambas factorías eran accionadas por turbinas hidráulicas y sendas máquinas de vapor auxiliares. Una y otra planta tuvieron trayectorias muy dispares. Mientras que la crisis financiera de los sesenta acabó por sepultar a la fábrica de tejidos de lana que nunca acabó de superar sus problemas de aprovisionamiento de materias primas (llegaron incluso sus propietarios a adquirir carneros en Inglaterra), la de algodón consiguió sobreponerse a estas contingencias gracias a la solvencia patrimonial de quien era entonces su propietario, el armador Gerónimo Roiz de la Parra.

Tras estas iniciativas pioneras, la industria textil alcanzó su consolidación plena en el tejido industrial de La Montaña en el periodo comprendido entre 1870 y 1930, del que se ocupa Ruiz Gómez en el tercer capítulo.

Esta madurez tuvo como primer jalón la apertura de dos fábricas de tejidos de yute, un sector muy poco conocido. Esta nueva rama de la industria textil nació al calor de las necesidades de envasado de la harina, por lo que estas dos grandes fábricas pertenecieron a personas vinculadas a este tráfico. La familia López Dóriga convirtió, con anterioridad a 1887, la planta de Renedo en una yutera que, con el nuevo siglo, pasó a manos de la empresa escocesa *Macwieggh, Macintyre y cia*. Por su parte, el harinero palentino Guillermo Illera edificó en Las Caldas una fábrica de dimensiones algo menores en 1892. El autor refiere cómo estas factorías tuvieron que reorientar su oferta tras la pérdida de las colonias antillanas hacia la fabricación de sacos para azúcar de remolacha y se detiene en la enumeración de las dificultades en el suministro de fibra sufridas en los años de la Primera Guerra Mundial.

La ampliación de la oferta cántabra de tejidos de algodón constituye la segunda muestra de las crecientes dimensiones que adquirió en la provincia la industria textil en el último cuarto del siglo XIX y primer tercio del XX. A la fábrica de La Cavada se

añadió en torno a 1890 una pequeña planta que hizo construir en Santander el catalán Manuel Puig y Llagostera, un fervoroso proteccionista, autor de encendidos alegatos en pro de la defensa arancelaria de las harinas castellanas. Él y Alfredo Alday, un naviero también conocido por sus experimentaciones en el campo de la agronomía, perfeccionaron en 1900 el proyecto de edificar una fábrica de tejidos e hilados de algodón a gran escala en la localidad de Cabezón de la Sal, proyecto que el abandono de Alday, para acometer otras inversiones en la industria linera, malogró.

Precisamente, la construcción en 1904 de la fábrica de hilaza de lino en las dependencias de la antigua harinera de Portolín constituye para el autor la última evidencia de la pujanza de la industria textil en el Santander de entresiglos. La empresa titular, *Hilaturas Portolín*, al margen del mencionado Alday, fue promovida por Julio Polanco Navarro, heredero de una vieja familia de harineros de Molledo, un comerciante de Valladolid, Máximo Santiago y Prieto, y el ingeniero montañés Leonardo Torres Quevedo. La factoría estuvo dotada inicialmente para transformar 300 toneladas de lino, importado de Rusia.

Fernando Ruiz Gómez dedica el último capítulo al estudio en detalle de la única planta algodонера hoy en activo en la Comunidad Autónoma, la de Cabezón de la Sal propia de *Textil Santanderina*, editora, junto con la Universidad de Cantabria, de este libro. Higinio y Ventura González y Agüera, empresarios algodoneiros de Puebla (México) de origen montañés, hicieron suyo en 1923 el primitivo proyecto de construcción de la fábrica redactado por Puig y Alday dos décadas atrás. Pero su ejecución se topó con las medidas restrictivas a la apertura de nuevos establecimientos fabriles en sectores aquejados por la crisis de sobreproducción postbélica decretadas por el Gobierno de Primo de Rivera en 1926 y la férrea oposición del Comité Regulador de la Industria Algodonera de Barcelona. La fábrica no pudo ser inaugurada hasta 1930 y, por imposición de la Dirección General de Industria, tuvo que ser explotada como una escuela de formación profesional, en unas condiciones que impedían la amortización de la cuantiosa inversión realizada. Constreñidos por esta imposición, los dos indianos dispusieron su cierre en 1935. Inmediatamente después del inicio de la Guerra Civil, la fábrica fue colectivizada y operarios textiles de Vergara (Guipúzcoa) afiliados a la UGT se encargaron de su reapertura para la elaboración de tejidos sanitarios y calcetines. Tras la toma de Santander por las tropas franquistas, un grupo de industriales catalanes, entre los que se encontraba J. Cuitó i Palat, se hizo en 1938 con la factoría (casi simultáneamente, la Portolín era adjudicada a los Valls Taberner). Cuitó persistió en su beneficio una vez concluido el conflicto, animado por las economías externas que generó la planta de fibra artificial de SNIACE, inaugurada en Torrelevega en 1944. En 1957 la fábrica pasó a manos de nuevos inversores, también procedentes del Principado, agrupados bajo la razón social de *Textil Santanderina, S.A.*, la propietaria actual de una factoría cuya plantilla supera las 400 personas.

El trabajo concluye con la reproducción del testimonio de 6 empleados y directivos de la fábrica en distintos periodos de su historia y de 14 fotografías y planos de la planta.

El libro de Ruiz Gómez, muy bien escrito e hilvanado, tiene grandes méritos que deben ser reseñados. El primero de ellos es el uso de fuentes a las que muchos historiadores son refractarios por el esfuerzo en su consulta que requieren. Me refiero a la

prensa mercantil y a los protocolos notariales. También es digno de elogio el uso de las fuentes orales (la selección de los entrevistados es muy adecuada), todavía un recurso raramente explotado en los trabajos de Historia Industrial. El estudio de cada uno de estos «episodios fabriles» en la historia de la industria textil montañesa es extraordinariamente minucioso en el relato de la trayectoria vital y empresarial de sus promotores y en el de las implicaciones sociales de sus inversiones. Con este acopio tan prolijo de datos, el autor suscita aspectos de gran relieve en la historia económica del norte de España, como la importancia del capital indiano en su modernización económica o el papel desempeñado en este proceso por los inversores catalanes, al tiempo que arroja luz sobre cuestiones puntuales todavía menos conocidas, como la difusión del cambio técnico en la primera mitad del siglo XIX a través de los exilados en Gran Bretaña retornados a España.

Entiendo que los puntos más vulnerables de este sólido y bien trabado libro se encuentran en la fragilidad de su sustento cuantitativo y en lo excesivamente rígido del ámbito territorial de estudio.

Se echa de menos, a mi criterio, un empleo más profuso de las *Estadísticas de la Contribución Industrial*, no ya para ponderar la importancia relativa del textil en el conjunto de la industria provincial (lo hace Ruiz Gómez con referencias prestadas de otros autores), sino también para comparar la dotación técnica y el nivel de mecanización de las fábricas santanderinas con las del resto de España. También habría resultado muy esclarecedor el cómputo de las entradas de algodón en rama en el puerto de Santander (disponibles sistemáticamente desde 1863). Ciertamente es, como señala Ruiz Gómez, que gran parte de esta fibra era transformada en las fábricas de Valladolid, mayores en número, pero la inclusión de estos agregados habría ilustrado con mayor precisión la trayectoria coyuntural del sector que Ruiz Gómez describe haciendo uso de indicadores cualitativos menos precisos. Finalmente, el último capítulo está falto de noticias sobre los resultados económicos y financieros de las empresas que se sucedieron en la explotación de la factoría de Cabezón, carencia que Ruiz Gómez justifica por las lagunas de su archivo, pero que podrían haber sido subsanadas con fuentes fiscales.

En mi opinión, y en un segundo término, la alusión a lo sucedido más allá de la Cordillera Cantábrica, sobre todo en Castilla, a cuyo espacio económico perteneció La Montaña al menos hasta la pérdida de las colonias, habría mejorado la reconstrucción de Ruiz Gómez de la historia de la industria textil de esta región. El estudio de la fábrica del Duque del Infantado en Torrevega tendría que haberse completado con la alusión a una iniciativa contemporánea: la que supuso la edificación de la Real Fábrica de Tejidos de Algodón en Ávila, estudiada por Gonzalo Martín García. Tampoco puede ignorarse en el análisis de las plantas algodoneras cántabras en el siglo XIX que las que trabajaron entonces en Valladolid pertenecieron todas ellas a armadores de Santander. Otro tanto sucede con la industria textil yutera: uno de los artífices de su divulgación en Cantabria, Guillermo Illera, edificó en 1907 una segunda planta en Herrera de Pisuerga, no muy lejana a la de Las Caldas.

Pero estas observaciones no han de desmerecer un trabajo muy valioso con aportaciones metodológicas incuestionables. Su contenido ofrece una visión de la industrialización de La Montaña más ajustada a los modelos «ortodoxos» de despegue fabril de lo

que creíamos, a juzgar por la entidad que adquirió la industria textil (sobre todo, la algodонера). Al tiempo, suministra evidencias sobre el empuje inversor inmediato al *Desastre del 98* que ponen en cuestión el hipotético estancamiento industrial de Cantabria en el primer tercio del siglo XX, sostenido por algunos autores.

JAVIER MORENO LÁZARO